

POEMAS

P O R

ANTONIO MARTINEZ-MENCHEN

1

¿Dónde, dónde se guarda la palabra sagrada?
¿Dónde los gestos fructificadores?
¿Dónde los momentos propicios
de un abortado amor?
...Muerte de lo no nacido,
irremediable frustración de lo posible,
metamorfosis dolorosa...
Mutiladas estatuas,
la memoria, conserva
los disecados hechos:
Palabras, acciones, lugares...
(aquel café, aquel cine, aquella tarde,
aquel paseo bajo la dulce frescura de una brisa olvidada)
...todo queda presente, subrayando la ausencia.
Pero aquella mirada
fugaz como el reflejo de una golondrina en el río,
aquella mirada que significaba: ahora;
y que no supe ver...
O aquella palabra conjuro,
aquel árbol que una vez tan sólo florece
y que, dormido, para siempre dejé pasar.
O aquella caricia intentada
y agostada en su raíz,
entonces, cuando era el divino momento de la ternura,
entonces, cuando era el predestinado momento de la entrega.
O aquel silencio, generador de amor,
aquel silencio que tan infecundamente trizamos...
¿dónde, dónde reposan?
La memoria, avara e inoportuna
sabe guardar todos los accidentes del dolor,
pero la fuente profunda e irreversible
sigue perdida en las inmemoriales arenas del desierto.

2

Esta luz del recuerdo, luz de acuarium,
en que flotan, pasadas realidades,
un disperso bancal de peces muertos,
va transformando todo lo que ha sido
ardiente amor.

Escenas mutiladas, qué tristeza
da esta inmovilidad de mariposas
clavadas para siempre. Qué tristeza
da aquel café sin hora ya, sin día,
sin tiempo, sólo estampa desvaída,
petrificada imagen.

Qué dolientes las tardes sin aroma,
sin aire y luz, abstracta y pobre copia
de algo cambiante y rico.

Qué dolientes los gestos sin palabras,
la frase para siempre divorciada
de la mágica voz que la investía.

Qué doliente sonrisa la que vaga
como una estrella errante, desprendida
de lo que fué su causa.

Hechos, palabras, gestos, sentimientos
bajo esta luz de acuarium, se transmutan
en un danzar de espectros.

Recordar es vivir la propia muerte,
recordar un amor, sólo es morirlo.

Tú, ahora que amas, piensa, pues también
ha de llegarte el día en que ese amor
será tan sólo un río de cenizas.

3

He soñado esta noche que ponía
un cosquilleo de sol tu cabellera
en la sonrisa mía.

Mi sonrisa, endulzada de esta suerte
ha perdido esta noche la amargura
de su sabor a muerte.

He soñado esta noche que mi mano
desvelaba en la pulpa de tu pecho
un latido lejano.

Mi pobre mano, yerta y aterida,
encontró así, esta noche, la tibieza
de una infancia perdida.

He soñado esta noche que buscaba
el océano profundo de tu vientre
y que en él me adentraba.
Mi ser entero, en tu matriz sumido
se ha larvado esta noche en la infinita
paz de lo no nacido.

He soñado esta noche que había estado
durmiendo junto a ti; sólo fué un sueño
que ya se me ha borrado.

4

A Mary Carmen

Yo sé que un poema
scría en tus ojos un escarabajo de ónice
o un vibrante zumbido de luz;
que transformarías
el opaco sonido de las palabras
en el canto profundo de las caracolas marinas;
que sus imágenes
se tornarían aves, inquietas libélulas
bolas de ágata o peces de colores;
que todo lo muerto
se animaría en esas manos vivificadoras
en las que el mundo es como el sol, que un niño
aprisiona y dirige con su espejo;
yo sé que a nadie
podría hacer un poema mejor que a ti...

Pero un poema de amor
es sólo la cosecha de un hondo sufrimiento
y tú nunca me hiciste sufrir.

Tú no has sembrado
la duda, la desesperanza, el desconsuelo,
toda esa lenta semilla que fructifica
en el dolor que un día, cuando ya está borrado,
germina en verso.
Tú me donaste
la ternura, con aquel olvidado gesto
con el que las antiguas doncellas ofrendaban al huésped
la escudilla de leche y la cesta de frutas;
perdido gesto
que ahora sólo podemos recuperar
en los descerrados fragmentos de un ánfora
y en el que la donación tenía la sencilla pureza
del manantial que se entrega al sediento.
Tendría que recobrar un idioma, un paisaje,
una luz ya extinguida,
el alma niña que una vez tuvo el mundo,
para poder cantarte.
Por eso, no puedo
hacerte un poema. Por eso
tan sólo te ofrezco un nombre:
Nausica.

5

27-9-64

hoy
primer domingo de otoño
1964
en que ella me dijo
alguien una vez en otro otoño
me hizo un poema

(acaso también Percival Shelley
lloró en otoño a su amado Keats
el viento de Africa
se enredó entre las vides grávidas
y ahora ya sólo es nada)

hoy
en que he vuelto a la tristeza
de saberme viejo

sintiendo la muerte como la yedra
trepar por mi sangre
en un continuo latido

hoy
en que pienso que la poesía
es cuanto más en este vivir vano
de vano hay
en que pienso
que los días amarillo-limón
se oscurecen con plata de lluvia
que los largos crepúsculos
de los que destiló Percival Shelley
su llanto por el dulce Keats
son los largos crepúsculos de mi niñez
y de mi solitaria adolescencia
los que acaso mañana nos estrechen
en un espejismo de amor
los que acaso
un domingo de otoño con otra compañía
le harán decir
alguien una vez en otro otoño
me hizo un poema

hoy
primer domingo de otoño
1964
en que pienso
en que recuerdo muertos poetas
en que desespero de su amor
sin saber por qué
en que sin saber por qué
me he entristecido...

6

Esta mi vieja amiga..., ésta mi sombra inseparable,
este perro fiel e inoportuno
me ha lamido de nuevo, acariciándome
con la caricia que ella me negó...

Mientras el funámbulo en la tele
voltea una pianola con los pies;
mientras en la tele alguien extrae
de una bocina, un timbre y un globo de colores
una melodía alegre y romántica;
mientras pobres coristas de suburbio
sacan a los chulillos las lentejas, la carne,
el café con leche y la copa de anís...
esta vieja amiga, ésta mi sombra inseparable,
me está mordiendo la garganta y el corazón.

El dolor es el aire de esta tierra
y la tristeza que ella me otorga
es sólo la porción que corresponde a mis pulmones;
pero no desesperes, su cabida es pequeña
y aún queda para todos, para todos, para todos...

7

...Pues ella suele tomarlos con delicados dedos
y después de una rápida lectura
tras comentar «es bueno» o «está bien» con alada sonrisa
los guarda en el bolso, junto a cartas y cosas de algún otro
y ya en su casa (esto no es seguro pero sí muy probable)
lo deposita en el departamento correspondiente
(¡oh, el pluscuamperfecto archivo de su secreter
sabiamente personalizado por orden alfabético!)
con otros versos, otras cartas, otras efemérides que alguna vez le di;
hasta que alguna tarde, alguna de esas tardes cenicientas
que indefectiblemente se han de dar en los próximos años por venir
pasando revista a tantas cosas viejas
se dirá: ya es hora que limpiemos un poco; casi no tengo sitio...;
y rasgando las cartas, los versos, las fotografías
y demás efemérides amarillentas y marchitas
los depositará en el cubo con melancólico pudor...
después mirará la luz otoñal
y, acaso, sin saber por qué, se entristecerá dulcemente.

Pero entretanto es bueno que otra vez tomemos
las vejigas, los cascabeles y el capirote;

que ensayemos la grotesca pirueta
y luzcamos nuestro ingenio y nuestras jorobas;
que nos desnudemos y saltemos
sobre el tiempo y sobre la angustia
haciendo un rítmico espectáculo de nuestro amor
para intentar, como tantas veces, ya que no conmoverta,
al menos, hacerla sonreír...

Antonio Martínez Menchen
Lérida, 1
MADRID